

La historiografía moderna en México: algunas hipótesis

Guillermo Zermeño
El Colegio de México ◆

Introducción metodológica

La concepción actual de la historia como actividad científica está determinada por el proceso histórico que la conformó como un saber autónomo, productor de nuevos conocimientos sobre el pasado. Una manera de comprender su peculiaridad consiste en someterla al análisis histórico. Por este medio podemos observar las condiciones que hicieron posible su aparición e incluso los elementos que pudieron haber intervenido para fijar una imagen emblemática de lo que podría esperarse del trabajo del historiador. Nuestra hipótesis principal es que esta manera de establecer las relaciones entre el pasado y presente se jugó y se fraguó básicamente en el siglo XIX.

El surgimiento de la historia-ciencia en el siglo XIX se asocia al nombre de

Leopold von Ranke. Su aparición ocurre cuando el único conocimiento considerado como necesario y universal era el de las ciencias naturales. Asimismo, se considera que el establecimiento de una ciencia histórica acorde con los lineamientos rankeanos tiene lugar en México durante los años de 1910-1960. La historiografía científica podría verse entonces como uno más de los logros de la Revolución mexicana en el campo de la cultura científica moderna. A contrapelo de esta interpretación, en este ensayo se rastrean los orígenes de la historiografía moderna mexicana durante la segunda mitad del siglo XIX y se dibujan algunas pistas para entender su evolución hasta el momento actual.

Palabras clave: Escritura de la historia, modernidad.

* Este ensayo es resultado del proyecto de investigación colectivo "El impacto de la cultura de lo escrito en la historia de México, siglos XVI-XX. Una aproximación desde la historia cultural", financiado por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología. Sendas versiones fueron presentadas anteriormente en el simposio *Trayectorias de una*

Se ha repetido frecuentemente que la Historia-ciencia surge en México bajo el impulso creativo de lo que se conoce como la Revolución mexicana. Su aparición ocurre durante el periodo en el que paradójicamente la Revolución se institucionaliza (1920-1940). Visto así, el proceso de la profesionalización de la disciplina de la historia sería uno más de los logros de la Revolución. Sin embargo, esta apreciación es solamente una parte de la verdad en torno al surgimiento y desarrollo de una nueva manera de entender y articular las relaciones entre el pasado y el presente.

No deja de asombrar que Silvio Zavala —sin duda uno de los protagonistas más notables en el origen de la profesionalización de la historia hacia 1940— haya postulado al historiador Ranke como el paradigma de la nueva historia-ciencia a promover institucionalmente.¹ Se postula a Ranke como el modelo de historiador científico justamente cuando la historiografía englobada en su figura estaba siendo revisada en muchos de los países en los que se había implantado a fines del siglo XIX. Esta situación puede hacer pensar que países como México siempre llegan tarde a la “modernidad”, es decir, que en estos países se adoptó un modelo de inteligibilidad histórica cuando éste estaba dejando de ser operativo en países en los que se le había dado origen. En muchos casos, la justificación de este posible desencuentro con la “modernidad” se basa en una teoría del desarrollo que hace ver que existen países obligados a transitar por estadios ya superados por otros, antes de alcanzar a los países plenamente desarrollados. Así, un autor como Ranke se ve como un eslabón necesario para conseguir el grado de desarrollo historiográfico alcanzado por los países “originalmente” modernos. De tal manera que cuando una forma de producir conocimiento sobre el pasado estaba siendo cuestionada y actualizada en sus países de origen, esta misma forma estaba siendo asumida en México como una de las condiciones para hacer de México un país moderno en el campo de la historiografía.

modernidad mexicana organizado por la Asociación de Latinoamericanistas Alemanes (ADLAF), Berlín, Casa de las Culturas del Mundo, 13-15 de noviembre de 2002; y en el marco de la *XI Reunión de Historiadores Mexicanos, Estadounidenses y Canadienses* en el simposio sobre “Las instituciones en la historia de México: formas, continuidades y cambios”, Monterrey, N.L., 1-4 de octubre de 2003. Algunos avances de esta investigación sobre la historiografía moderna mexicana han sido publicados en mi libro *La Cultura Moderna de la Historia. Una aproximación teórica e historiográfica*, México, El Colegio de México, 2002.

¹ Silvio Zavala, “Conversación autobiográfica con Jean Meyer”, en Jean Meyer (coord.), *Egohistorias. El amor a Clío*, México, CEMCA, 1993, p. 224.

Con ello sólo se reitera el sentimiento de fatalidad implícito en la idea del atraso y excepcionalidad del caso mexicano.

A contrapelo de esta interpretación, se quisiera mostrar que este “desencuentro con la modernidad historiográfica” es solamente aparente. Habría que explicar, desde luego, la adopción de Ranke como el modelo de historiador a imitar en la coyuntura social y política de 1940. Pero pienso que de mayor relevancia por ahora sería el mostrar que el discurso científico de la historia no surge al momento en que se profesionaliza el oficio de historiador, sino que es parte de la formación del Estado moderno mexicano, y que particularmente emerge durante la coyuntura de la guerra con los Estados Unidos a mitad del siglo XIX. Así, aun cuando no existen las instituciones historiográficas que conocemos en el siglo XX, se podría ver que la historiografía científica —una manera específica de mirar el pasado— surge como un efecto colateral de eventos no deseados como la derrota de México frente a los Estados Unidos. Esta es la hipótesis que quisiera desarrollar a continuación.

La reconstrucción de esta historia de la historiografía presupone que no se tiene acceso directo a ese pasado sino por mediación de los instrumentos dispuestos en y por el presente. Así, todo trabajo sobre el pasado contiene una alteridad insalvable inscrita en su propia literacidad. En tal sentido, para incursionar en el pasado se requiere romper de inicio una falsa familiaridad que conlleva acercarse a los textos del pasado, cuyo lenguaje puede parecer tan próximo a la lengua del presente. Este procedimiento hermenéutico es la condición para abrirse a la comprensión del pasado sin que desaparezca su alteridad. Es importante hacer esta anotación metodológica porque establece una separación con las formas tradicionales de efectuar la crítica histórica de la documentación. En efecto, la crítica de textos tradicional puso mayor atención a la corrección de posibles errores o alteraciones de una supuesta versión original de las cosas sucedidas inscritas en los textos. La crítica literaria basó sus esfuerzos en el intento por restaurar un sentido original contenido en los textos, los cuales con el paso del tiempo habían sido alterados, corrompidos o deteriorados. Con este procedimiento, sin embargo, la crítica filológica únicamente consiguió construir el sentido de las obras a imagen y semejanza del presente, o dejarlas, en el mejor de los casos, en un sentido inerte para el presente.² Una reconstrucción de la historia de la historiografía moderna se separa

² Véase Guillermo Zermeño, “Los principios de una ‘nueva historia’, en *La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica*, México, El Colegio de México, 2002, pp. 157-165.

por tanto de esta posición modernista y romántica, e intenta dejar ver lo que nos puede distinguir de las obras de los historiadores fundadores del discurso científico de la historia, intentando con ello recuperar lo que en la historiografía actual puede haber todavía de novedad.

Así, la pregunta por los orígenes modernos de la historiografía surge del interés actual por revisar las bases sobre las que se estructuró nuestro saber histórico en la modernidad. Se trata de una cuestión que no es exclusiva del campo de la historia, sino que es parte de los trabajos recientes sobre la historia de la ciencia en general, de esa forma peculiar de producir saber y transformar el mundo. En este caso se trata de excavar en los cimientos mismos sobre los que se sostiene la práctica misma que hace posible esta exploración. El “hurgar en los cimientos” no conduce necesariamente a socavar las bases de la construcción historiográfica, sino únicamente a identificar la razón de ser y las posibilidades actuales del saber histórico moderno.

La génesis

Cómo ya se sugirió, se puede establecer la década de 1845-1855 como el espacio temporal que favoreció la reestructuración del modo de operar de la escritura de la historia en México. En dicha labor participaron personajes identificados tanto con el partido conservador (Lucas Alamán y José Gómez de la Cortina, entre otros) como con el bando liberal, aunque éstos un poco después del momento fundador (Guillermo Prieto y Manuel Orozco y Berra, por ejemplo). Se sugiere entonces que una historia de la historiografía basada exclusivamente en la distinción ideológico-política es insuficiente para entender el ingreso de México en la modernidad historiográfica; es decir, una distinción que señala a unos historiadores como portadores del atraso y a otros como los representantes del progreso. Más bien unos y otros se entrelazan en torno al mismo objetivo: modernizar a México, actualizarlo, ponerlo al día, aprender de la experiencia de los países más avanzados, etcétera.

A partir de este propósito compartido por ambos bandos se puede hacer el seguimiento del establecimiento de las reglas que normarán una nueva forma de escribir la historia. Reglas que transitan desde el nivel gramatical y sintáctico hasta el semántico. Pero incluso van más allá: esas mismas reglas ponen las bases para la selección y corrección de las obras del pasado. Son reglas, en suma, que inducen una forma particular de lectura de las obras del pasado. Desde luego, habría que rastrear la génesis de este criticismo literario al momento en que se incrementa la difusión de los textos escritos y que tiende a radicalizarse

precisamente a partir de la segunda mitad del siglo XVIII.³ La constitución de la historiografía científico-nacionalista no hace sino recoger este legado renacentista propagado durante el periodo ilustrado. Así, se puede observar la inclusión de esta crítica filológica en la recuperación, edición y depuración de las crónicas de la conquista militar y religiosa, así como de los documentos que supuestamente revelan los principales episodios que iluminan la aparición de la nación mexicana independiente.

Supongo que estas consideraciones no tendrían mayor dificultad para ser aceptadas. Sin embargo, si reconocemos incluso hoy en día el dominio de la ideología liberal en la interpretación de la historia de México, ese pasado “conservador” de la historiografía tiende a oscurecerse. En ese marco, las fiestas del centenario de 1910 pueden revelarnos una especie de congelamiento de la historia envuelta en un conjunto de rituales y conmemoraciones. Una cierta sustancialización de la historia intenta mostrar al mundo que México, finalmente, ha terminado por sumarse al consorcio de los países modernos. El origen de este paso trascendental hacia la modernidad se explica generalmente por el triunfo militar del partido liberal sobre el bando conservador. La sustancialización liberal de la historia de México —cuya expresión historiográfica se encuentra en la obra colectiva *México a través de los siglos*, coordinada por un general y político, Vicente Riva Palacio—⁴ impide apreciar en su debida dimensión el proceso de construcción del discurso histórico moderno, en el cual el bando conservador jugó un papel de máxima importancia.

El primer conjunto de historiadores modernos —Lucas Alamán, Joaquín García Icazbalceta o José Fernando Ramírez— concibe su trabajo todavía como una obra en construcción. Explícitamente consideran que les corresponde a ellos poner los cimientos del edificio de la historia de México y a las siguientes generaciones el de proseguir y completar su construcción. La idea de sentar las bases de la historia que de cuenta del origen y evolución del pueblo mexicano está presente en los autores del primer *Diccionario Universal de Geografía e Historia* producido del perio-

³ Para profundizar en este aspecto se puede consultar David R. Olson, *El mundo sobre el papel. El impacto de la escritura y la lectura en la estructura del conocimiento*, traducción de Patricia Willson, Barcelona, Gedisa, 1998.

⁴ Sin duda el estudio más completo es el de José Ortiz Monasterio, *México eternamente. Vicente Riva Palacio ante la escritura de la historia*, México, FCE, Instituto Mora, 2004. Véase también Rogelio Jiménez Marce, “La creación de una genealogía liberal”, en *Historias*, México, INAH, núm. 51, enero-abril 2002, pp. 27-49.

do nacional entre 1853-1856, poco después de la derrota militar frente a los Estados Unidos.⁵ El segundo grupo de historiadores —Vicente Riva Palacio, Francisco Sosa, José María Vigil, Justo Sierra, etcétera— identificado con el triunfo militar del liberalismo en 1867 concebirá sus trabajos como la culminación de un largo proceso. Además de la fabricación de la primera “historia universal” de México se tendrá una versión corregida del *Diccionario Universal de México* coordinado por Antonio García Cubas⁶ y la producción de la síntesis histórica de Justo Sierra, ministro de Educación porfirista, *Evolución política del pueblo mexicano*.⁷ Al comparar la obra historiográfica de estos dos conjuntos se podrá apreciar el frescor y hasta un cierto candor de quienes están inaugurando una obra frente a la solemnidad y pomposidad de quienes se piensan ya como los maestros de la historia. Basta una mirada para comparar la producción del diccionario de 1853-56 frente al editado entre 1888-91.

¿Continuidad o ruptura?

La cuestión que emerge a continuación es acerca de cuál podría ser la contribución específica de la nueva historia institucional promovida durante el periodo de la Revolución. Supuestamente la aparición de una pléyade de nuevos intelectuales —Antonio Caso, Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Daniel Cosío Villegas, Silvio Zavala, Leopoldo Zea, etcétera— pone en entredicho la historiografía identificada con la filosofía positivista del régimen anterior a la Revolución. Una historiografía identificada con el régimen político y de la cual había que desprenderse. Así supuestamente se realizó la crítica del positivismo y de esa manera quedó abierta la puerta para la realización de una historiografía auténticamente científica.⁸ La cientificidad en la historia extrañamente quedaría identificada con la propuesta de la escuela histórica alemana representada por la figura de Ranke en cuanto a los ideales de imparcialidad y objetividad, es decir,

⁵ Lucas Alamán, *et. al.*, *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, México, Tipografía de Rafael, Librería de Andrade, tomo I, 1853.

⁶ Antonio García Cubas, *Diccionario Geográfico, histórico y biográfico de los Estados Unidos Mexicanos*, 5 vols., México, Antigua Imprenta de Murguía, 1888-1891.

⁷ Justo Sierra, *Evolución política del pueblo mexicano*, México, UNAM, 1948. Este proceso que Sierra culmina con la tesis del excepcionalismo mexicano ha sido también recogido en el libro ya clásico de Josefina Vázquez, *Nacionalismo y educación en México*, 2ª ed., México, El Colegio de México, 1975, pp. 42-104.

⁸ Véase la compilación de Alvaro Matute Aguirre, *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del positivismo (1911-1935)*, México, FCE, 1999.

una historiografía no partidaria. En buena medida estos ideales implicaban hacer realidad la autonomización del saber científico frente a los embates de la política promulgados por Max Weber unas décadas antes en el ámbito alemán. Es verdad que la propuesta historiográfica defendida por Silvio Zavala se daba en el contexto del reavivamiento de la disputa entre “revolucionarios” y “reaccionarios” que remedaba a la de liberales y conservadores del siglo XIX.⁹

Así, por un lado el ingreso de México en la historiografía moderna no sigue una trayectoria lineal. Cuando parecía haber quedado saldado el conflicto entre liberales y conservadores con el consenso logrado por las consignas de orden y progreso del porfiriato, la revolución retomó la disputa y lo condujo al punto de partida de la historia al preguntarse otra vez sobre la identidad del mexicano, motivo de la resurrección de viejas polémicas entre conservadores y liberales, hispanistas e indigenistas. Pareció como si la pregunta que inspiró a la historiografía de la década de 1850 no hubiera quedado resuelta satisfactoriamente.

Por otro lado, la búsqueda de imparcialidad y objetividad rankeanas se podría ver —como intentó hacerlo Ranke para Alemania— como la aspiración de volver a mirar otra vez el origen de la nación antes de cualquier clase de corrupción o borradura. De ahí su llamado enérgico al archivo, a ver con los propios ojos las fuentes primarias u originales y su llamado a prescindir de cualquier otra interpretación posterior a los sucesos “realmente ocurridos”. Este impulso romántico que subyace al hecho de intentar ver la naturaleza de las cosas en sí y por sí mismas no se percató de las mediaciones establecidas que distancian irremediablemente al pasado del presente. Este impulso de acercarse al pasado en directo, sin mediaciones, entraña una añoranza por los orígenes, pero también deja ver su imposibilidad ontológica en la medida en que la modernidad es sinónimo de aceleración temporal, en la medida en que, por ejemplo, en un periodo relativamente corto se pueden efectuar “mejoras”, “ampliaciones” o “modernizaciones” del entorno urbano y vital en el que se vive.¹⁰ De esa manera en el oficio moderno de la historia se pueden conjugar nostalgia por el origen e imposibilidad creciente para encontrarse con él cara a cara.

Sea lo que sea, es justo reconocer que la búsqueda de exactitud y objetividad era también una herencia de valores epistémicos defendidos y

⁹ Véase Edmundo O’Gorman, *México, el trauma de su historia*, México, Conaculta, 1999, (1977) (Cien de México).

¹⁰ Para profundizar, véase de Reinhart Koselleck, “Modernidad”. Sobre la semántica de los conceptos modernos del movimiento”, en *Futuro Pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, traducción de Norberto Smilg, Barcelona, Paidós, 1993, pp. 287-332.

promovidos por los conservadores del siglo XIX, es decir, eran valores no exclusivos del nuevo régimen liberal-revolucionario. Se trataba de valores y virtudes que ya habían sido postulados por la generación del medio siglo del XIX y que serían apuntalados y solemnizados alrededor de la filosofía positivista de la segunda generación durante el régimen porfirista.¹¹ De esa manera parecería que durante el período de la profesionalización de la historia-ciencia el paradigma científico rankeano fue solamente convocado como un recurso arbitral para dirimir una contienda de índole política en el campo de la producción del saber histórico sobre el México antiguo y moderno. Sin embargo, este apelar a Ranke como padre maestro de la historiografía científica se hacía sin cuestionar los presupuestos ahistóricos sobre los que se había estructurado el discurso histórico moderno nacionalista de la época de Justo Sierra.

En ese sentido, la “nueva” historiografía científica del periodo de la profesionalización daba continuidad al interés de producir toda clase de historias generales y universales referidas a los periodos maestros —conquista, independencia, reforma, revolución— y más tarde ampliada a las regiones y/o estados de la República mexicana. Es verdad que gracias a la institucionalización de la disciplina se conjugó dicha necesidad con la de producir un rico y extenso repertorio de estudios monográficos, generalmente producto de las tesis universitarias. Y se puede aceptar que algunos de estos trabajos se convirtieron en algún momento en referentes obligados para futuras investigaciones. Esta circularidad de los discursos históricos producidos desde el ámbito académico probablemente sea el signo de la novedad con respecto al siglo XIX. La creación de instituciones universitarias orientadas hacia la enseñanza e investigación de la historia crearon las condiciones para autonomizar el discurso de la historia del ámbito propiamente político de la historia.

La transformación

Durante el periodo profesional ha habido un historiador que especialmente reflexionó sobre las cuestiones abordadas: Edmundo O’Gorman. Se trata de un historiador más venerado que discutido, más celebrado que debatido entre los historiadores, quizá por su lenguaje “filosófico” o bien por las implicaciones de sus reflexiones para la comprensión del funcionamiento de la disciplina de la historia en la modernidad. Es muy

¹¹ | Guillermo Zermeño Padilla, “Imparcialidad, objetividad y exactitud. Valores epistémicos en el origen de la historiografía moderna en México (1840-1910)”, en *Historia y Grafía*, México, Universidad Iberoamericana, núm. 20, 2003, pp. 49-83.

probable que en O’Gorman, colega muy cercano de José Gaos, se encuentre el homólogo de historiadores relevantes para la discusión contemporánea, como el caso de Reinhart Koselleck en Alemania. Es posible que en O’Gorman se encuentre una solución al problema planteado inicialmente sobre el dilema atraso-progreso, tradición-modernidad relacionado con la historiografía.

En el marco del predominio de la historiografía de cuño liberal, O’Gorman suscribió el ensayo de 1967 sobre *La supervivencia política novo-hispana. Monarquía o república*.¹² En dicho ensayo, O’Gorman plantea que el dilema no era si México ingresaba tarde a la modernidad o sufría de un permanente atraso debido a sus atavismos, sino que aun cuando no se le percibiera, México era un país que simultáneamente a la experiencia de otros países había tenido que elaborar y reelaborar su ingreso en la modernidad, desde el momento en que políticamente quedó desmembrado del antiguo Imperio español en 1821.

Releer y discutir algunos de estos ensayos o’gormanianos —escritos paralelamente a la emergencia y predominio de la historiografía económica y social— pueden ser de gran utilidad si existe el interés en desactivar un discurso histórico moderno sustancializado. Esta tarea, como sabemos, ha sido llevada a cabo en Alemania por filósofos e historiadores de la talla de Hans-Georg Gadamer y Reinhart Koselleck, quienes se preguntan acerca de lo que todavía podría hacerse con la historiografía después de las cuestiones no resueltas en la fórmula rankeana. Intentando, en suma, establecer los nexos que puede haber entre la producción del saber histórico y la experiencia de la modernidad.

En el análisis que realiza sobre la historiografía liberal, un liberal y agnóstico como O’Gorman trató de revelar los procedimientos “metodológicos” del historiador que lo llevaban constantemente a encontrar en los “otros” (ausentes o presentes) la causa de los propios males o fracasos. Y no es difícil descubrir todavía este procedimiento explicativo en escritores o historiadores connotados que siguen pretendiendo arrojar luces sobre el atraso y la imposibilidad de acceder a la modernidad refiriéndose a una larga lista que incluye a conservadores, campesinos, indígenas, antiguos mexicanos, cristeros, católicos, mujeres, clases medias, etcétera, o en una lista alternativa representada por el extranjero: los Estados Unidos, Francia, Inglaterra, etcétera. Con este procedimiento “científico-explicativo”, O’Gorman señaló con toda razón, no se hace sino evadir el análisis que debe regir y distinguir a la historia y sociología hecha desde los ámbitos académicos. Este procedimiento alienta la posibilidad de sentirse fuera de la historia y, así, de no asumir las responsabilidades propias

¹² | México, Universidad Iberoamericana, 1986.

del habitar en la modernidad.¹³ Así, historiografía y modernidad deberían concebirse como una pareja indisociable, contrariando cualquier tentación sustancialista en la producción del discurso histórico. Una historia, asimismo, caracterizada fundamentalmente como riesgo, indicando con ello que frente al futuro no hay nada seguro ni obligatoriedad alguna.

Esta posición tendría que dejar atrás las viejas distinciones entre liberales y conservadores que la Revolución se encargó de reactualizar. Esta superación sería la condición para abrirse a otra clase de universalismo. La cuestión metodológica que se deriva de un cosmopolitismo tal consiste en cómo llegar a pensarse no sólo frente a la historia sino dentro de la historia al momento de escribir la historia.

Quizá habría que pensar la modernidad como una entelequia, que sólo adquiere inteligibilidad si se le asocia con la recuperación de las experiencias sociales que se han ido estructurando temporalmente, es decir, a partir de pasados presentes y de pasados futuros.¹⁴ La historiografía heredada por el siglo XIX sería de esa manera sólo una forma entre otras de hacerse de esa experiencia. Así quedaría abierta la cuestión de qué tipo de historiografía se requiere para recuperar la experiencia de temporalidad propia del siglo XX.¹⁵

¹³ O'Gorman, *México, El trauma*, 1999 (1977).

¹⁴ Es recomendable para el análisis histórico el ensayo de Reinhart Koselleck, "'Espacio de experiencia' y 'Horizonte de expectativa'. Dos categorías históricas", en Koselleck, *Futuro Pasado*, 1993.

¹⁵ Una cuestión que Francois Hartog ha planteado en su último libro, *Régimes d'historicité. Présentisme et expériences du temps*, París, Seuil, 2003.